

Subsidio litúrgico para la fiesta de la Sagrada Familia

Domingo, 31 de diciembre de 2006

MONICIÓN DE ENTRADA

La luz y la alegría del nacimiento de Jesús en Belén llenan nuestras vidas en este tiempo de Navidad. Hoy, fiesta de la Sagrada Familia, contemplamos el misterio de Belén: Jesús, María y José. Una familia sencilla que es modelo y luz para todas las familias del mundo, faro para la Iglesia y para la gran familia humana.

La Sagrada Familia es propuesta constantemente como modelo de vida familiar. Así lo hizo también Benedicto XVI en la celebración del V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia.

Reavivando los sentimientos de gozo de aquellos días, recordando la proclamación del evangelio del matrimonio y la familia que el Papa hizo ante las familias de todo el mundo, nos preparamos ahora para escuchar la Palabra de Dios y celebrar, en la comunión de la Iglesia, el don divino de la familia.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La primera lectura, del Eclesiástico, es un bello comentario al cuarto mandamiento: “honrarás a tu padre y a tu madre”. Dios

bendice al que honra a sus padres, y escucha sus oraciones. El Salmo nos habla de la bendición de Dios con la bella imagen de la alegría familiar y los hijos.

San Pablo habla de las virtudes domésticas y de la unión en el amor que deben caracterizar la vida de la familia cristiana: misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión. El amor mutuo es el que debe presidir todas las relaciones familiares. Nos habla también de la oración de la familia: Cantad a Dios, dadle gracias de corazón con salmos y cantos.

En las virtudes domésticas, en la unión en el amor, en el trabajo y la oración, la Sagrada Familia es nuestro ejemplo perfecto.

MONICIÓN AL EVANGELIO

Jesús, educado por José y María en la tradición del pueblo judío, iba creciendo en sabiduría y en gracia. Todos los años suben al templo a celebrar la fiesta. Cuando Jesús cumple doce años ocurre un acontecimiento extraordinario donde se manifiesta la misión de Jesús y su intimidad con el Padre.

Las sugerencias para la homilía tomadas de las palabras de Benedicto XVI en Valencia están en la página 13.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Oremos, hermanos, a Dios Padre todopoderoso, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, y pidámosle que escuche la oración de su Iglesia a favor de la entera familia humana.

- Por la Santa Iglesia de Dios, para que sea la Esposa fiel de Jesucristo y madre de los pueblos que vienen a la fe, roguemos al Señor.

- Por el Papa Benedicto, por los Obispos, sacerdotes y diáconos, y por todos los fieles comprometidos en difundir el Evangelio de la vida, roguemos al Señor.
- Por las familias cristianas, para que transmitan fielmente a los niños y a los jóvenes la fe en Jesucristo, roguemos al Señor.
- Por los abuelos, para que no se vean separados de la familia y puedan enriquecer a la familia con su experiencia y su ternura, roguemos al Señor.
- Por los enfermos, para que no les falte el amor de la familia ni los cuidados necesarios, roguemos al Señor.
- Por las autoridades civiles, para que tengan siempre presente el valor y la dignidad de la vida humana, en todos los momentos de su desarrollo, y promuevan leyes que protejan la vida, roguemos al Señor.
- Por todas las familias del mundo, especialmente por las que sufren las pruebas del hambre, la guerra, el paro o las catástrofes naturales, para que sientan el apoyo de todas las personas de buena voluntad y puedan rehacer sus hogares y sus vidas, roguemos al Señor.

Escucha, Padre de misericordia, nuestras súplicas,
y ayuda a nuestras familias,
para que a ejemplo de la Sagrada Familia
sean santuarios del amor,
Iglesias domésticas
y hogares abiertos a las necesidades de todos los hombres.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.

ORACIÓN POR LA FAMILIA

Antes de la oración después de la comunión o antes de la bendición, el sacerdote puede invitar a rezar juntos la Oración por las familias que Benedicto XVI rezó en Valencia:

Oh, Dios, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar vivida en la fe y la obediencia a tu voluntad.

Ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor a tus mandamientos.

Socórrenos en nuestra misión de transmitir la fe a nuestros hijos.

Abre su corazón para que crezca en ellos la semilla de la fe que recibieron en el bautismo.

Fortalece la fe de nuestros jóvenes, para que crezcan en el conocimiento de Jesús.

Aumenta el amor y la fidelidad en todos los matrimonios, especialmente aquellos que pasan por momentos de sufrimiento o dificultad.

Unidos a José y María,

te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

MONICIÓN DE DESPEDIDA

El sacerdote o el diácono, después de la bendición:

Hemos llegado, hermanos, al término de esta celebración, y es el mismo Señor, que nos ha convocado y que está con nosotros con su palabra y con los sacramentos de su amor, quien ahora nos envía al mundo para que llevemos a todos la buena noticia de la familia cristiana, con nuestras palabras y, sobre todo, con el ejemplo. No estaremos solos en este empeño, porque el Señor colaborará con nosotros, según su promesa, hasta el fin de los tiempos. Vayamos y anunciemos el Evangelio a cada persona y en todo lugar.

V/. Podéis ir en paz.

R/. Demos gracias a Dios.

Sugerencias para la homilía

Los textos de Benedicto XVI en Valencia pueden servir de base para la homilía. Aquí se seleccionan sólo algunas ideas.

- **La vocación cristiana al matrimonio**

«Dios, que es amor y creó al hombre por amor, lo ha llamado a amar. Creando al hombre y a la mujer, los ha llamado en el Matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos, de manera que ya no son dos, sino una sola carne» (*Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio*, n. 337).

El amor humano necesita ser purificado y madurar para ser plenamente humano y principio de una alegría verdadera y duradera. Para ello recibe la abundante ayuda de Dios en el sacramento del matrimonio, que comporta una verdadera vocación a la santidad.

Al servicio de la santidad de los esposos están la fe y la ética cristiana, cuyas disposiciones no ahogan el amor; al contrario, contribuyen a hacerlo más sano, fuerte y libre. Por eso, aceptar las exigencias del matrimonio cristiano no impide gustar plenamente la felicidad que el hombre y la mujer encuentran en su amor mutuo.

La familia cristiana está llamada a vivir su vocación no como una pesada carga impuesta desde fuera, sino como un don de la gracia del sacramento del matrimonio infundida en los esposos. Si los esposos permanecen abiertos al Espíritu y

piden su ayuda, él no dejará de comunicarles el amor de Dios Padre manifestado y encarnado en Cristo.

- **El bien precioso de la familia**

La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada la puede suplir totalmente. Ella misma se apoya sobre todo en una profunda relación interpersonal entre el esposo y la esposa, sostenida por el afecto y comprensión mutua.

Los hogares en paz y en armonía son un bien evidente para las personas y para la sociedad. Proclamar la verdad integral de la familia, fundada en el matrimonio como Iglesia doméstica y santuario de la vida, es una gran responsabilidad de todos.

Los desafíos de la sociedad actual, marcada por la dispersión que se genera sobre todo en el ámbito urbano, hacen necesario garantizar que las familias no estén solas. Un pequeño núcleo familiar puede encontrar obstáculos difíciles de superar si se encuentra aislado del resto de sus parientes y amistades.

Por ello, la comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos. En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe.

- **La educación de los hijos en la fe**

El derecho inalienable de los padres a educar a sus hijos se encuentra hoy amenazado por una legislación injusta. La

familia, y no el estado, es la institución social que debe educar a los hijos.

La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Junto con la transmisión de la fe y del amor del Señor, una de las tareas más grandes de la familia es la de formar personas libres y responsables.

“Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como personas y como hijos de Dios... En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana” (*Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio*, n. 460).

La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos (cf. *Familiaris consortio*, 60); cuando los acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre.

El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana. Los hijos crecen y maduran humanamente en la medida en que acogen con confianza ese patrimonio y esa educación que van asumiendo progresivamente. De este modo son capaces de elaborar una síntesis personal entre lo recibido y lo nuevo, y que cada uno y cada generación están llamados a realizar.

La fe no es, pues, una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana.

- **La alegría del hogar**

La alegría amorosa con la que nuestros padres nos acogieron y acompañaron en los primeros pasos en este mundo es como un signo y prolongación sacramental del amor benevolente de Dios del que procedemos.

Si los hijos ven que sus padres –y en general los adultos que les rodean– viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana.

Debemos esforzarnos para que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero.

Los abuelos son los garantes del afecto y la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. Ellos dan a los pequeños la perspectiva del tiempo, son memoria y riqueza de las familias. Por eso no deben ser excluidos del círculo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatar a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe ante la cercanía de la muerte.